do, bien sabeis que es preciso..... ...¡Es mi deber!.....

—Tu deber es obedecerme..... Mando que no te separes de mí esta noche!

XVII.

TRES ALMAS NOBILÍSIMAS.

—¡Ah, qué corazones tan nobles! ¡Qué simpatía tan grande inspiran esas señoras!

Juan repetia estas palabras sin cesar desde que habia salido del palacio de Villepreux.

Y lo estaba repitiendo otra vez cuando llegaron á la avenida de Villiêrs.

Su madre y Brettecourt le acompañaban á su casa, porque una explicacion se hacia necesaria entre ellos y el jóven á quien ambos querian con tanta ternura, y preferian que tuviera lugar lejos de mamá Renaud.

Mientras que Brettecourt daba la mano á María para que se apease, la dijo en voz baja:

—El momento ha llegado.

—Nada temais, respondió ella, seré fuerte.

—¡Pobre niño, vamos á hacerle sufrir!

—Es para su felicidad.

Juan muy alegre, hizo los honores de su casa.

Cuando estuvieron sentados los tres en el salon, el jóven se puso á hablar de nuevo de las señoras de Villepreux, no encontrando palabras para elogiarlas cual se merecian, sobre todo á Enriqueta.

—¿No es verdad, madre mia, que es buena, simpática..... y amable?

—Sí, sí, respondíale sonriendo María.

—Mira, cuando te besó con tanto cariño, se me figuraba que la estaba yo estrechando entre mis brazos.

—Puede ser que lo haya hecho con esa intencion, dijo con malicia el conde.

—¡Y cuando la marquesa ha abrazado á mi bisabuela! ¡Pobre mamá Renaud, no sabia lo que la sucedia!

—¿Y la marquesa jóven, te olvídas de ella? preguntó María.

—¡Muy ingrato sería yo si así lo hiciera! ¡Qué nobles criaturas son las tres!

—Os pareceis á ellas, dijo Brettecourt.

—Mi madre sí, repicó Juan, pero ¿qué he hecho yo para merecerlas tan viva simpatía?... ¡Ah! qué dichoso me encontraba en aquel antiguo salon! Casi tanto como en tu gran despacho, madre mia. ¿No tienes celos, no es verdad?

—¿Puede existir acaso felicidad para mí sin la tuya?

Despues de un corto silencio, Juan repuso:

—Con gusto me hubiera quedado allí mucho, mucho tiempo..... ¡Qué fastidio que nos haya interrumpido el señor marqués!..... Es verdad que se ha mostrado amable.....

Sin embargo, pensando en el padre de su amada, Juan no podia defenderse de una impresion de duda y de tristeza; recordaba que en la pieza en que se encontraba ahora, era en donde habia recibido la carta del marqués, que tantos pesares habia ocasionado, y se decia: que las damas de Villepreux habian obrado ciertamente sin el asentimiento de Honorato y que tal vez despues de su salida del palacio habria vituperádo su modo de obrar. Delante de él, delante de su madre, se habia mostrado cortés; pero ¿qué habria pasado cuando se encontrasen solos?

—Mi general, dijo Juan, creo que he cumplido todas mis promesas. Me dijísteis que tuviera esperanza, poca tenia, es verdad; pero acabais de probarme que os asistia la razon; me recomendásteis tambien que guardara el secreto de lo que habia pasado entre los tres aun con mi bisabuela, y lo he guardado. Os he obedecido en todo y estoy decidido á seguir haciendo lo mismo; pero sin embargo, quisiera saber.....

Se calló, algo cortado por la mirada que fijaba en él Brettecourt.

—¿Saber qué, hijo mio?

—El fondo de todo esto, el secreto de vuestra conducta.....

El general se sonrió con melancolía.

—El secreto de mi conducta, murmuró es que os amo, hijo mio, y que.....

—¿Y qué? preguntó Juan, viendo que el conde titubeaba.

—Sí, continuó éste, el momento ha llegado de explicaros mi modo de proceder con vos y muchas otras cosas tambien. ¡Escuchadme!

—Antes que nada, dijo Juan, ¿podeis decirme si la señora de Villepreux cuando ha ido á ver á mi madre, sabia á casa de quién iba?

—Sí.

—¿Conocia nuestra situacion..... irregular?

—Sí.

—¿Por vos lo ha sabido?

—Por mí.

—¡Ah! ¡Más me gusta que sea así! dijo Juan. Por lo ménos conocerá que no hemos querido engañarla. Ahora, mi general, os escucho.

Brettecourt reflexionó durante algunos instantes; se sentia muy conmovido; pero animoso.

En cuanto á María, estaba vuelta de espalda á la luz para disimular mejor la turbacion que experimentada ya.

—Teneis derecho, mi querido Juan, empezó el general, de conocer toda la verdad; y si hasta ahora no os he dicho nada, ha sido porque necesitaba examinar, guiado por mi experiencia y yo solo, la situacion especial en que se encuentra la familia de Villepreux. Mas ántes que nada, es preciso que os cuente la historia de esa familia y la mia.

—¿La vuestra?

—Sí. Está íntima y desgraciadamente ligada con la de los Villepreux. La marquesa viuda tenia dos hijos: el mayor se llamaba Juan, como vos, y teneis con él un parecido extraordinario, lo que os explica la emocion que su madre sintió al veros.....

Brettecourt procedia lenta y prudentemente para hacer conocer á Juan su orígen y traerle al consentimiento de una cosa convenida entre él y María; pero que temian rehusaria el jóven al principio, y continuó:

—El segundo se llamaba Honorato y le conoceis. Una gran diferencia existia entre los dos hermanos; tan bueno y generoso era el mayor como malo, embustero y ruin el segundo. Así es que nadie queria á éste y en cuanto á mí, desde muy niño sentia por él una insuperable antipatía.

—Erais amigo de su hermano?

—El amigo, el compañero de todos los dias y más tarde su hermano de armas. Era yo huérfano y la casa de los Villepreux era la mia. La marquesa viuda me sirvió de madre el dia de mi primera comunion; en su casa fué donde se festejaron mis exámenes y mis primeros galones de oficial.

—Sin embargo, habeis dejado de ver á esa familia.

—Despues de una espantosa desgracia que vais á conocer. Mas ántes, sabed que en aquella casa habia tambien una jóven, una huérfana como yo, educada con infinitos cuidados por la marquesa, la señorita Julieta de Persant, que destinaba á ser esposa de su hijo mayor. Aquel hijo era toda la alegría y el orgullo de su madre y habia renunciado, como vos, mi querido Juan, pues la semejanza moral es tan grande entre vos y él como la física, á la carrera militar, para consagrarse enteramente á su madre.....

Si Juan Renaud no hubiera tenido los ojos tan ardientemente fijos en Brettecourt, hubiera notado los extremecimientos de María.

La noble mujer no podia dominar su emocion, y se decia:

—¡Oh! ¡Sí, mi Juan es digno de su padre!

—La marquesa era viuda, repuso Brettecourt. Su hijo la rodeaba de tan delicados cui-

dados y adivinaba de tal modo sus deseos, que tenia por costumbre decir: "He sido feliz dos veces en este mundo." No lo extrañeis, Juan; amó dicha señora con pasion á su marido, y su hijo mayor la amaba á ella con delirio.....

—Y vos tambien un poco, dijo Juan.

—La queria mucho y ella tambien á mí; pero su hijo..... Creo que le queria de un modo incomparable. Sin embargo, tuvo valor para separarse de él en la época de la guerra de Crimea; adivinó los sufrimientos de Juan pensando en que los franceses vertian sangre por la patria y que él no estaba allí, y su madre le dijo: "¡Vete á la guerra!" Pues lo mismo que vos, quiso batirse. Aquella vez no fuí con él, era demasiado jóven; pero más tarde fuimos juntos á Italia y se batió..... como vos. Cuando os veia lanzaros al asalto de aquella maldita fortaleza de Hua-Moc, en que perdimos tanta gente, y en donde escapásteis por milagro á la muerte.....

—¡Merced á las oraciones de mi madre! exclamó Juan.

—¡Pues bien! dijo Brettecourt, ¡me parecia que veia á Juan de Villepreux! Yo continué mi carrera; pero él volvió al lado de su madre y se consagró de nuevo á ella. Se preparaba la marquesa á casarle con la señorita de Persant, cuando una desgracia irreparable.....

Hasta aquel momento, el general habia hablado con bastante firmeza; pero recordando la muerte de su amigo, su valor le abandonó y su voz temblaba.

—Un dia, prosiguió, interrumpido por los sollozos, volvia yo de Africa; mi primera visita fué, naturalmente, para los Villepreux. Mi amigo no estaba en su casa..... se hallaba en el Círculo, y allí fuí yo tambien..... Pasamos juntos algunas horas en constante emocion, pues Juan de Villepreux tenia que hacerme una confidencia bastante conmovedora.....

Pero ¡ay! no me la hizo completa..... En fin, despues de almorzar le llamaron para que diera su leccion de esgrima, y yo para distraerle de su tristeza, le propuse dar con él un asalto..... ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡dadme fuerzas para acabar!

Juan, no pudiendo adivinar la causa de la emocion del conde, se abalanzó hácia él y le cogió una mano, diciendo:

—¿Qué teneis, mi general? Calmaos.....

—¡Por una espantosa casualidad, el boton de mi florete se desprendió..... la careta de Juan era vieja..... le dirigí un terrible golpe á la cabeza..... y cayó..... Habia..... Habia matado á mi amigo..... á mi hermano de armas.....

Brettecourt lloraba como un niño y Juan

BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVO LEON

Renaud le consolaba, le estrechaba entre sus brazos, diciéndole:

—Comprendo ahora por qué estabais tan triste; la emocion que experimentasteis al verme, y despues vuestra bondad..... ¡Ah! ¿por qué no me lo contasteis entónces..... Hubiera sido yo un hijo para vos, os hubiera consolado.....

—Todo esto lo habéis hecho sin seberlo, Juan; tal vez haya sido mejor así. Antes de conoceros no pensaba yo más que en la muerte, que por lo visto no me ha querido..... Y de repente, tuve nuevo apego á la vida, pensando consagrarme á vos como lo hubiera hecho con..... con.....

Brettecourt iba á decir: "Con el hijo de Juan de Villepreux..... y ese hijo sois vos."

Pero no tuvo todavía fuerzas para ello, y dijo sencillamente:

—Con mi amigo y con su familia. Mi abnegacion para ellos de poco les ha servido, por lo ménos hasta ahora. La marquesa me perdonó con una bondad sublime el mal que le habia hecho, y durante algunos años me permitió que le escribiera de vez en cuando; luego, de repente, recibí una carta de Honorato, en la que me rogaba cesara toda correspondencia con su madre, pues la vista sola de mi letra le producia terribles crísis nerviosas. Me resigné, y parecí olvidar á la familia de Villepreux. Durante ese tiempo, Honorato consiguió casarse con la jóven que estaba destinada á su hermano y que le aportó una cuantiosa fortuna.

—¿La madre de Enriqueta?

—Sí, y ese nuevo marqués de Villepreux se portó de un modo indigno.....

Juan estuvo á punto de interrumpir á Brettecourt.

—Escuchadme, dijo éste con autoridad, debo hablaros con toda franqueza. Honorato era jugador, disipador, sin escrúpulos de ningun género; un hombre, en fin, indigno del nombre que lleva; os daré de ello, dentro de un instante, una prueba bien triste y que os toca más de cerca de lo que podéis imaginar. Empezó por arruinar á su mujer, despues lo hizo con su madre, y sin la energía de ésta, las damas de Villepreux se hallarian hoy en la última miseria. La marquesa viuda ha podido salvar un modesto capital y el palacio, que, á pesar del mal estado en que está, tiene bastante valor; pero que es difícil, por no decir imposible, vender inmediatamente; fijaos en este detalle, que es de suma importancia..... No necesito añadir que todos estos hechos son de una rigurosa exactitud; yo los conocia ya hace mucho tiempo, porque son del dominio público, y el notario Florimont me los ha confirmado en todos sus detalles, pues él ha sido

quien ha ido vendiendo poco á poco todas las fincas que poseia la familia de Villepreux y realizado su capital para hacer frente á las locuras de Honorato.

Juan habia inclinado la cabeza. Sufria mucho oyendo hablar con tanta severidad del padre de Enriqueta, á pesar del mal proceder del marqués para con él.

—Y su madre, su mujer, ¿qué hacian? preguntó.

—Se resignaban á su suerte, sufrian en silencio al hombre que llevaba el ilustre apellido que debian respetar; nunca se han atrevido á incapacitarle y han pensado muy mal; porque si tal hubieran hecho, no se hallarian hoy frente á la deshonra.....

—¡Qué decís! exclamó Juan palideciendo. Y con voz ahogada añadió.

—¡Pobre Enriqueta! ¡Pobre Federico!..... ¿Ese hombre no se ha contentado, pues, con arruinar á sus hijos?

—¡Es, como todos los jugadores, incorregible! Cuando se vió completamente perdido y notó la excision verificada entre él y su familia, excision que el mundo y sus hijos han ignorado siempre, representó una comedia, aparentó ser ya hombre de bien. Queria arrancar á su madre su última finca, aquel histórico palacio que hubiera vendido á fuerza de reclamos, y cuyo producto hubiera consagrado al

juego ó á alguna operacion financiera, que es lo mismo que jugar. Su madre no cedió, pues habia jurado conservar la casa solariega de su familia para sus nietos, previendo que tendria que deshacerse de ella el dia ménos pensado para salvar la honra de su nombre.

—¿Está, pues, tan gravemente comprometida? preguntó Juan con ansiedad.

—Vais á juzgarlo. Además de sus numerosas locuras, de las deudas contraidas por él con usureros de la más baja estofa, con aficionados á las carreras de caballos, con *bokmarkes*, con mozos de los círculos y con toda esa clase de personajes que se mezclan en malos negocios, el marqués se ha dedicado á otros asuntos que han terminado de un modo muy feo. El primero es una empresa de cria caballar, en la que ha engañado indignamente á sus comanditarios y que ha concluido por una liquidacion desastrosa; ésta se hubiera transformado en bancarrota, fraudulenta, si los acreedores no hubiesen tenido la esperanza de que el marqués, nunca falto de promesas, les habia de pagar algun dia.. ... Pero ha llegado el momento de apremiarle, y no teniendo otra cosa que vender, ha vendido su nombre á unos miserables.

—¡Qué le habrán obligado! se atrevió á decir Juan.

—¡Oh! no debemos hacernos ilusiones; no

vale el marqués más que ellos. Ha fundado tambien una supuesta compañía de seguros, que bajo una apariencia de honradez, no ha sido más que un centro de vergonzosas estafas.....

—¡Dios mio! ¡Dios mio! balbuceaba Juan. Pero ese hombre es capaz de todo lo malo!

—¡Sí, lo malo le atrae! dijo María hablando por primera vez.—Hemos querido, hijo mio, que sepas toda la verdad. A tí te toca ahora decidir con conocimiento de causa lo que hemos de hacer.

—Hé aquí su última infamia, repuso Brettecourt; se ve perdido; su compañía de seguros está á punto de quebrar, sus antiguos acreedores, á quienes ha podido dar á cuenta alguna cantidad, merced á su último negocio, le acosan de nuevo y basta una sola queja para que el marqués de Villepreux tenga que comparecer ante el tribunal correccional.

—¡Es posible, Dios mio, que ese hombre tenga tales hijos!

—Sí, Juan, podeis admirarlos, y á Federico tanto como á Enriqueta..... Ayer ya; queriendo apresurar el arreglo de la situacion falsa en que os encontrais, fuí á casa de las damas de Villepreux y las dije quiénes erais. En seguida, con una nobleza y una generosidad admirables, la marquesa viuda y su nuera me rogaron que las presentase á vuestra madre, pues sabiendo que erais desgraciado, su cariño para vos aumentó en intensidad. En aquel momento ignoraban aún la posicion en que se halla Honorato..... Esta mañana la marquesa me mandó llamar con urgencia; acababa de saberlo todo y no se atrevia ya á presentarse en casa de vuestra madre, pues el mismo Federico lo habia dicho: "¿Querrá Juan todavía á mi hermana cuando sepa la verdad?....." Y yo la dije: "¡Id á casa de la señora Renaud, como si fuerais á ver á una amiga muy antigua!"

—¡Ah! ¡qué bien os habeis portado, mi general! exclamó Juan; ¡qué perfectamente habeis adivinado lo que yo mismo hubiera hecho!

Brettecourt, conmovido ante aquella generosa explosion, se calló un instante y despues continuó:

—Para salvarse del conflicto en que se encuentra el marqués, no vacila en sacrificar á su hijo. Federico ama apasionadamente á la hija del notario Florimont.

—Sí, ya lo sé, dijo Juan Renaud sonriendo, acordándose de Luisilla.

—Pues bien, Federico consiente en casarse con una americana, una tal Edith Dickson á la que nunca amará, porque el padre de esa jóven, algun aventurero sin duda, pagará las deudas del marqués. Se ha visto algunas ve-

ces á ciertos nobles ponerse á precio para dar más brilló á su blason; ¡pero en esta circunstancia es un hijo quien se vende para salvar el honor de su padre!

—¡Esto no sucederá! declaró con viveza Juan Renaud, ¡no, no! Luego calmándose y sonriendo:

—Mi amiguita Luisa, ni aliada, no me perdonaría si consintiera yo que se cometiera semejante infamia; y si mi madre me autorizara para obrar en tal sentido, lo impediré.

Brettecourt y María se estremecieron; Juan, aun antes de saber quién era, habia tenido el mismo pensamiento que ellos.

El general se inclinó al oido de María, y murmuró:

—¡Es su digno hijo!

Juan se habia levantado y se apoyaba en la chimenea, presentando en su fisonomía mucha calma y gravedad.

—Por poco interés que me ofrezca el marqués, es preciso que le salvemos, y es preciso hacerlo sin que Federico, mi querido hermano de armas, se sacrifique renunciando á su felicidad para aceptar una existencia de perpétuos sufrimientos..... ¡No, no, eso no puede ser!..... ¿Nosotros somos ricos, no es verdad, madre mia?.....

—Hijo mio, el señor conde y yo hemos pensado antes que tú en salvar del oprobio á la

familia de Villepreux. El señor de Brettecourt obraba en mi nombre y con mi consentimiento. Tomaba informes, gracias al señor Florimont, respecto á la situacion del marqués, y hubiéramos querido pagar sus deudas, para decirle: "He aquí, lo que hemos hecho; ¿os oponeis todavía al casamiento de nuestros hijos?"

—Pero la catástrofe se ha presentado antes de lo que podia suponerlo yo, añadió el general.—Los acreedores hubieran tenido paciencia todavía, á no ser por un tal Baradoux, un mal hombre de negocios que se titula á sí mismo banquero, y que no es más que un agente del señor Dickson. El marqués, obligado á dar hoy mismo una solucion á sus negocios, ha arrancado su consentimiento á Federico, y prefiere sin duda esta solucion á la que le hubiéramos ofrecido nosotros, porque del modo que lo hace se salva solo, y no tendrá que inclinarse delante de nadie; esto conviene más á su orgullo.....

—Pero repito que eso no puede ser, replicó Juan, no lo permitiré. Lo que el marqués acepta de una nuera, puede tambien aceptarlo de un yerno, de un hijo..... Es preciso obligarle á consentir en mi casamiento; entonces me asistirá el derecho de salvar su nombre, salvando al mismo tiempo á Federi-

co..... ¿Madre mia, somos bastante ricos para eso?

—Sí, respondió María sin titubear, y te apruebo plenamente.

—Tal es tambien el pensamiento de la anciana marquesa, dijo Brettecourt y en cambio de las cantidades que le adelantareis, os dará su palacio como garantía.....

—¡Ah, poco importan las garantías! exclamó Juan Renaud con entusiasmo.—¿Qué es una cuestion de dinero entre nosotros? ¡Salvemos el nombre de Villepreux, salvemos tambien á mi jóven amigo de una union con esa extranjera, cuya fortuna ha sido ganada tal vez de un modo deshonroso!..... ¡Iré á ver al marqués!

—Hoy ha seguido representando su comedia habitual de hombre cortés; pero aún esta mañana ha declarado formalmente á su hijo, que no consentirá nunca vuestro casamiento con Enriqueta, pues no quiere dar su mano sino á un individuo de la nobleza. En cuanto á Federico, el pobre niño ha comprometido su palabra, y está obligado á cumplirla..... ¡Honorato no os recibirá!

—Un compromiso en tales condiciones no tiene valor.....

—Pienso lo mismo que vos; ¡pero si quereis salir con bien de vuestra empresa, si quereis obligar á ese hombre á que os escuche, á que

os obedezca, es preciso que mudeis vuestro nombre!

—¡Yo, dejar mi apellido!

—Es preciso.

—¡Yo dejar el nombre de mi madre!..... ¿Y sois vos, mi general, quien me lo aconseja?

—Es preciso que pertenezcais á la nobleza!

Juan miró á Brettecourt, despues á su madre con estupefaccion, ó más bien asustado.

—Sí, hijo mio, dijo María temblando algo, pero resuelta.

—¿Quieres, madre mia, que abandone tu nombre?

—¿Rehusareis acaso llevar el mio? preguntóle Brettecourt.

XVIII.

NOBLE.

Juan cayó otra vez en su asiento, cubriéndose el rostro con las manos.

—Dispensadme ambos, dijo; pero ya no os